

sino de la situación particular en que me hallo. Consideraciones que pesan mucho sobre mi corazón, me imponen un respetuoso silencio, y guardaríalo profundamente, si ellas fuesen las únicas que mediasen en la grave cuestión que debemos resolver; pero, cuando me veo en presencia de un peligro que puede amenazar á la patria, me juzgaría culpable, si, habiendo hablado en ocasiones ménos importantes, no manifestase en estas mis ideas. En mi favor invoco el derecho que todos tienen á emitir las suyas, y así como soy indulgente, aún con los de opiniones contrarias á las mías, hoy reclamo para mí, no la indulgencia que á otros concedo, sino tan solo la tolerancia. Á mí *personalmente* una revolución en Cuba, lejos de causarme ningún daño, me traería algunas ventajas. Desterrado para siempre de mi patria, y aun errante en mi destierro, la revolución me abriría sus puertas, para entrar gozoso por ellas: pobre en Europa, y abrumado de pesadumbres por mi condición presente y un triste porvenir, la revolución podría enriquecerme, y asegurar sobre alguna base estable el reposo de mi vida: sin empleos, honores ni distinciones, la revolución me los daría. Si, pues tanto me da la revolución, ¿porqué no marchó bajo sus banderas? ¿Porqué vengo á combatirla, renunciando á sus favores? Sé que algunos dirán que mis opiniones son retrógradas; otros, que soy un apóstata; y aun no faltará quien pregone, que he vendido mi pluma para escribir contra la *anexión*. Pero á los que estas y otras cosas digan, si las dicen de buena fe, los perdono; y si de mala, los desprecio.

EL MISMO.

#### JUICIO SOBRE LA PROFECIA DEL INCA DE LA ODA Á JUNIN.

ALGUNOS han acusado este incidente de inoportuno, porque preocupados por el título, no han concebido el verdadero plan de la obra. Lo que se introduce como incidente, es en realidad

una de las partes más esenciales de la composición, y quizá la más esencial. Es característico de la poesía lírica no caminar directamente á su objeto. Todo en ella debe parecer efecto de una inspiración instantánea; el poeta obedece á los impulsos del núnen que le agita sin la menor apariencia de designio, y frecuentemente le vemos abandonar una senda y tomar otra, llamado de objetos que arrastran insensiblemente su atención. Horacio dirige plegarias al cielo por la feliz navegación de Virgilio: la idea de las tempestades le sobresalta; y los peligros del mar le traen á la memoria la audacia del hombre que arrojando todos los elementos de terror. Ocupado de estos pensamientos, olvida que ha tomado el plectro para decir adiós á su amigo. Nada hallamos, pues, de reprehensible en el plan del *canto á Bolívar*; pero no sabemos si hubiera sido conveniente reducir las dimensiones de este bello edificio á menor escala, porque no es natural á los movimientos vehementes del alma, que sólo autorizan las libertades de la oda, el durar largo tiempo.

A. BELLO, (Venez.)

#### SOBRE HEREDIA, POETA CUBANO.

SENTIMOS no solo satisfacción sino orgullo en repetir los aplausos con que se han recibido en Europa y América las obras poéticas de D. J. M. Heredia, llenas de rasgos excelentes de imaginación y sensibilidad; en una palabra, escritas con verdadera inspiración.

No son comunes los ejemplos de una precocidad intelectual como la de este jóven.

Entre las prendas que sobresalen en los opúsculos del Sr. Heredia, se nota un juicio en la distribución de las partes, una conexión de ideas, y á veces una pureza de gusto, que

no hubiéramos esperado de un poeta de tan pocos años. Aunque imita amenudo, hay por lo comun bastante originalidad en sus fantasías y conceptos, y le vemos trasladar á sus versos con facilidad las impresiones de aquella naturaleza majestuosa del Ecuador, tan digna de ser contemplada, estudiada y cantada. Encontramos particularmente este mérito en las composiciones: "*Á mi caballo*," "*Al sol*," "*Á la noche*," y "*Versos escritos en una tempestad*;" pero casi todos descubren una vena rica. Sus cuadros llevan por lo regular un tinte sombrío, y domina en sus sentimientos una melancolía, que de cuando en cuando raya en misantrópica, y en que nos parece percibir cierto sabor al genio y estilo de lord Byron.

Tenemos en esta coleccion poesías de diferentes caracteres y estilos, pero hallamos mas novedad y belleza en las que tratan asuntos americanos, ó se compusieron para desahogar sentimientos producidos por escenas y ocurrencias reales.

EL MISMO.

---

SOBRE OLMEDO.

Todo en él es pensado: todas sus producciones llevan el sello visible de la lima: Olmedo es lo que se llama un poeta verdaderamente clásico. Tiene mas habilidad que inspiracion, mas ciencia que pasion. Es gobernado no por el arrebatado poético, sino por el cálculo de los efectos que pueden producir ciertos procedimientos. Pone en ejercicio una táctica poética, como un general emplea la estrategia. Arregla las figuras, las comparaciones, los pensamientos segun un plan meditado con mucha detencion. Coloca aquí una apóstrofe, allá una máxima; por un lado una antítesis, por otro una exclamacion; prepara la venida de una observacion profunda por medio de una descripcion amena y florida;

toma la precaucion de colocar junto á los tintes oscuros otros mas suaves para diversificar las impresiones; procura que las palabras tengan armonía imitativa, correspondiendo á los sonidos, movimientos y afectos que ellas expresan; en una parte amontona las erres, destierra de otra las consonantes. Hace con sus ideas y con sus frases lo que hace en general con sus cañones, sus caballos y sus hombres: pero todo eso lo ejecuta con talento; sabe su arte con perfeccion; es un Sucre, un San Martin, un Bolívar en poesía.

Podria decirse que Olmedo ha levantado en el canto á Junin un monumento á Bolívar con fragmentos antiguos y piedras cortadas, á imitacion de las que se empleaban en las construcciones de Grecia y de Roma. Por eso la obra tiene un colorido de otro siglo: en ella solo los nombres de Bolívar, de Sucre, de Junin, de Ayacucho son modernos. Parece que fuera uno de esos obeliscos de Egipto que se han trasportado á las ciudades modernas de Europa, y en el cual se hubieran grabado entre los geroglíficos é inscripciones antiguas otras relativas á sucesos recientes, acaecidos á nuestra vista. La obra es ciertamente bella, pero tiene el aspecto de haber sido ejecutada en edad mas remota y retocada últimamente á médias para ser consagrada á hechos posteriores á la fecha de su creacion.

MIGUEL L. AMUNÁTEGUI, (Chile.)

---

EPISODIO DE LA HISTORIA DE LOS MUISCAS.

JILMA, la mas bella de las hijas de Nemequene, la flor de los campos, como lo decia su mismo nombre en la lengua de los Zipas, Jilma, la jóven de los ojos garzos y del cabello rubio, mas hermosa que el lucero percursor del dia, mas apacible que el murmullo de la fuente de Sangay, debia unirse en estrecho lazo con Zuinctheba, jóven panche de familia

real, valiente en la guerra, diestro en la caza, fuerte y generoso. Nunca bajó de los Laches robusto mancebo que pudiera competir con él en fuerzas, nunca el pintado guacamayo pudo sustraer su pluma apetecida al tiro certero de su flecha.

Pero Gilma tenía un hermano menor, el bello Tilmaquin, destinado á servir al Rey de Tunja en castigo de una falta de respeto á su padre, segun era costumbre en aquel tiempo de severas leyes públicas y domésticas; y esta falta y este castigo eran un terrible secreto que no podia violarse impunemente, so pena de perder la vida, porque así lo exijia el decoro de la familia real.

Y Zuintheba no solamente no era sabedor del borron que el hijo de Nemequene se habia echado encima, sino que estaba muy léjos de sospechar que con el tiempo habia de tener en él un hermano.

Jilma, pues, en medio de los preparativos de su boda y de los continuos obsequios de su familia y de sus súbditos, andaba pensativa y distraida y una amarga pena le aflijia el corazon. Todas las tardes, al caer del sol, se encaminaba con lento paso hacia la colina de Houisaquen\* desde cuya eminencia, contemplando el magnífico espectáculo del sol poniente entre nubes abigarradas de oro y púrpura, y extendiendo sus miradas á gran distancia por el camino que conducia á Tunja, suspiraba con ternura, y algunas veces una lágrima involuntaria, como nacida del corazon, sorprendia sus párpados y resbalando á lo largo de su mejilla venia á detenerse al borde de sus labios como si temiese profanarlos. Así las gotas del rocío caen sobre el tierno boton, pero deslizándose suavemente no dejan de su paso huella alguna.

El amor que siempre vela, que espia los pasos y busca las ocasiones de ver el objeto amado, habia hecho que Zuintheba la siguiese frecuentemente y á cierta distancia hasta un bosque inmediato; y allí oculto entre las ramas para no ser visto de ella, habia tenido lugar de observarla libremente,

\* Usaquen, que quiere decir *nacimiento de la Luna*.

y allí ¡infeliz! habia notado la conmocion que visiblemente experimentaba el tierno pecho de Gilma y con cuya causa él no podia atinar; pero devoraba en silencio el cruel tormento que sufria, y desconcertado y confuso no hallaba sosiego en ninguna parte. Determinóse por fin á romper ese terrible silencio para saber de su propia boca la causa de tan singular variacion. ¡Es, la decia estrechando blandamente su mano entre las suyas y mirándola con ternura, es que acaso demasiado tarde has conocido que tu felicidad no estaba fincada en ser mi esposa? ¿Qué has visto en mí que pueda hacerme indigno de tu belleza? ¿No te amo con transporte, no te adoro? ¿No eres tú el dios de mis hogares, la estrella de mi vida, el ángel de mis sueños? Brillaban los ojos de Gilma y con mudos ademanes mas que con palabras le decia: sí, yo soy feliz, tú me amas y tu amor es la delicia de mi vida: díme que eres mi esposo, y no ambiciono otra dicha. Pero todas las tiernas insinuaciones de su amado, no fueron parte á recabar de sus labios la respuesta apetecida.

Ya el siote habia comenzado sus cantos en la tierra de los Panches, y la pálida amapola reventaba sus botones, señal de que se acercaba la quinta luna del año, bajo cuya influencia debia celebrarse tan fausto enlace; y el dolor de Gilma no cedia en un punto, ántes bien su tristeza se aumentaba por momentos... Pero no era que al ver cercana la pérdida de su libertad y la separacion de su familia su alma se hubiese contristado, como falsamente sospechaba el desgraciado Zuintheba; no era que al tierno amor que siempre habia mostrado á su futuro esposo, hubiese sucedido en su pecho el yelo de la indiferencia: era que el mismo dia en que ella le habia prometido su mano y su fé en presencia de su padre Nemequene, habia pedido á éste en secreto, como única gracia, como único regalo de boda, que permitiese á su hermano volver al seno de su familia á presenciar su feliz union y á gozar de las dulzuras de la paz doméstica; y aquel, con entrañas de padre, gustoso se lo habia concedido, mandando inmediato aviso á Tilmaquin de que su falta estaba perdo-

nada, y que desde aquel momento levantaba su destierro para que se trasladase á su país á ser testigo de la dicha de su hermana. Pero esta temia, no sin razon, del carácter impetuoso y altivo del jóven, que resentido del agravio que se le habia hecho y del cruel castigo impuesto á tan pequeña falta, no habia de venir, renunciando jamás á sus hogares. Y la afirmaba mas y mas en esta idea, la guerra que estaba próxima á romperse entre el Tunja y el Sogamoso, en la cual la ambicion de gloria era muy probable le hiciese tomar parte militando bajo las banderas del Zaque.

Llegó al fin la víspera de aquel dia que con tantas borrascas y tantas fiestas se habia anunciado; y Jilma, como de costumbre, se dirigió con paso incierto y vacilante á la colina usada, deteniéndose de cuando en cuando. El sol declinaba, el ocaso estaba limpio y despejado, ni una nube, ni un vapor que empañase su brillo; pero el oriente comenzaba á ocultarse entre negras cortinas, y un lejano ruido anunciaba que la noche seria tormentosa. No habria ganado Jilma la tercera parte del repecho cuando divisó sobre su cabeza, puesto de pié sobre la alta cima, un jóven de blanca tez, de atléticas formas y de larga cabellera rizada; su mano derecha velaba sus ojos de los rayos del sol, como para poder ver mejor, y dirigia sus miradas hácia la habitacion de sus padres, buscándola en la llanura que tenia bajo sus piés; su mano izquierda vuelta hácia la espalda sostenia su carcax pendiente de un cordón que Jilma habia tejido para él en su infancia. Apenas llegó esta á distancia en que pudieron reconocerse uno y otro, un doble grito de sorpresa y de alegría escapado de sus pechos vino á reunirlos en estrecho abrazo, y allí las lágrimas de la tierna doncella corrieron sobre el seno del guerrero, y los ojos de éste se humedecieron de placer. Pero; desgraciado!. . . Cuando el bello Tilmaquin imprimia en la frente de la vírjen el beso fraternal de que se habia privado tanto tiempo; cuando estas dos palomas del desierto arrobadas de júbilo sentian latir juntos sus corazones al impulso de un puro afecto; cuando, ignorantes de que esta

dulce entrevista seria su eterna despedida, se entregaron á los raptos de un cariño verdadero, una agudísima saeta disparada con la fuerza del rayo vino á unirlos mas estrechamente, y cayendo en brazos el uno del otro, mezclaron su sangre y sus últimos suspiros. . . Las sospechas que últimamente habian asaltado el corazón de Zuinchteba se habian realizado en la apariencia, y esta apariencia los perdió. . .

Así el mismo secreto que, violado imprudentemente, le habria quitado la vida á Jilma, guardado dentro de su corazón con llave de oro, aun para su mismo esposo, tambien se la quitó.

Poco tiempo despues reposaban tres cadáveres bajo de tres grandes catafalcos hechos de piedras toscas y puestos en hilera sobre la misma eminencia que habia sido teatro de esta escena. Jilma ocupaba el centro. . .—*DAMON.*

*JOSÉ CAICÉDO RÓJAS, (Nueva Granada.)*

---

DISCURSO DIRIGIDO AL VICE-PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA.

\* \* \* \* \*

La Providencia, siempre feliz en sus operaciones, mientras los gobiernos y los sabios de la tierra disputaban sobre los medios mas eficaces de contener los progresos de la poblacion y de la mendicidad, permite, en su sabiduría, que se descubran nuevos y sorprendentes medios de locomocion, y despues de haber preparado así el camino, abre á los ojos atónitos de Europa las entrañas de la tierra que ocultaban el oro de California y Australia, y llama fácilmente hácia aquellas rejiones desiertas, la poblacion exuberante que afijia y desafiaba las inteligencias de los mas insignes economistas. El Pacífico, ántes solitario, se puebla de velas, y una considerable porcion del linaje humano, dejando en el un extremo del mundo, con sus parientes, su religion y su lengua, el un eslabon de la cadena destinada á unir la humanidad, se lanza

á los mares y los cruza en triunfo, transportando el otro eslabon á la remota Polinesia. Y ¡oh admirable concatenacion de la industria humana, cuyos efectos benéficos se sienten, ya de uno, ya de otro modo, en las regiones del globo al parecer mas diferentes y apartadas! apénas se descubren los ricos depósitos de oro en California y Australia, cuando todos los marineros sienten crecer su capital; y todos los armadores se hallan mas ricos que ántes; y los carpinteros de ribera hacen fortuna; y los dueños de maderas en Noruega, y los de cáñamo en Rusia y Polonia, y los de trigo en el extremo Sur de nuestra América, y los de hierro en Suecia, y los de té en China, y millares y millares mas, todos sienten su situacion benéficamente afectada por el nuevo capital que viene á animar la industria, y á aumentar el cúmulo de la propiedad en el mundo. Y no es esta, ni aquella, ni la otra region la sola beneficiada; que todas lo son en algun grado, por el flujo ó el reflujo de la riqueza nueva, que se extiende por la tierra buscando la ganancia como buscan los líquidos su nivel por una ley física tan cierta como irresistible.

Entretanto los habitantes de nuestros valles del Pacífico, sin saber lo que está pasando en el mundo, continúan entregados, unos al ocio, otros á los frecuentes y sangrientos simulacros de la guerra; y aquellos, al despertar de su natural indolencia, estos, al dar treguas á su bárbara tarea, se encuentran con un capital doble del que poseian, sin saber cómo ni por qué. El maná les llueve del Cielo, como en otro tiempo al pueblo hebreo, mientras ellos murmuran y se rebelan contra las leyes de su Dios; y cuando talan las sementeras, insultan las hijas, é incendian las casas de sus inofensivos vecinos, llevados del furor que inspiran nuevas y absurdas doctrinas; cuando reniegan de los preceptos de amor y de caridad impuestos por el Cristo á la raza humana; la Providencia les revela, por medio de hechos claros y elocuentes, lo torpe y nocivo de la envidia, y lo conveniente que es para el hombre desear y promover, para su bien pro-

pio, la dicha de sus hermanos, por remotas y separadas que estén las regiones que habiten, y por incomprendible que parezca á primera vista la benéfica accion que ejerce la prosperidad ajena sobre nuestra prosperidad. . . . .

J. ARBOLEDA, (N. Granada.)

---

#### VEJETACION DE LOS ÁNDES.

Si los hombres son diferentes, la vejetacion de nuestros Ándes parece que toca en los extremos. En el corto espacio de 20 leguas halla el botánico observador plantas análogas á las de la Siberia, plantas semejantes á las de los Alpes, la vejetacion de Bengala, y la de la Tartaria setentrional. Basta descender 5 mil varas para pasar de los musgos del polo á las selvas del ecuador. Dos pulgadas de mas en el barómetro hacen mudar de faz el imperio de Flora. Los bálsamos, las resinas, los aromas, los venenos, los antídotos, todas las cualidades enérgicas estan en la basa de nuestra soberbia cordillera. Los cereales, las hortalizas, los pastos, las propiedades benignas están sobre sus faldas. En las cimas se han refugiado las gramíneas, los musgos y la mayor parte de las criptógamas. Aquí se vuelven á hallar cualidades enérgicas en algunas plantas. Los extremos, ya lo hemos dicho, se tocan. ¡Qué diferentes son las selvas de Santiago de las de las cercanías de Quito! La altura de los árboles crece en razon inversa de la elevacion del suelo en que nacen. En las costas son colosales, y los diámetros enormes: los troncos derechos, perpendiculares, y dejando entre sí grandes espacios vacíos. Las lianas abundan en extremo. Maromas, cables semejantes á los de un grueso navío, bajan y suben, unas veces perpendiculares, otras envolviéndose espiralmente al rededor de los troncos. Aquí forman bóvedas, allí techos que no pueden penetrar los ardientes rayos del sol. Las palme-

ras, estos orgullosos individuos de las selvas inflamadas, levantan á los aires sus copas magestuosas, y descuellan sobre cuanto las rodea. Pocos musgos revisten los troncos. Las raices someras se extienden horizontalmente á distancias prodigiosas. Un huracan, una ráfaga de viento arranca con facilidad estas masas inmensas que parecia desafiaban á todas las convulsiones y á la duracion misma de los siglos. En su ruina envuelven á todo cuanto existe en su vecindad. Hombres, animales, plantas, todo queda oprimido bajo su mole. El silencio augusto que reina en estas soledades en medio de la noche, se interrumpe con frecuencia con el ruido espantoso que causa su caida. No es el diente, no las garras del tigre, no el veneno mortal de las serpientes lo que mas se teme en el fondo de estas selvas.

Los vientos, las dislocaciones del aire ponen pálido al viajero, y le sacan de su lecho. ¡Cuántas veces turbó mi reposo una aura ligera seguida de un crujido! Á cada paso hemos hallado espacios de ciento, de doscientas varas cubiertos de palizadas provenientes de la ruina de un árbol que desplomaron los años y los vientos.

Los árboles de la parte alta de la cordillera son unos pigmeos comparados con los de la basa. Estos suben á 40, á 50, y frecuentemente á 60 varas de altura: aquellos no se elevan sino á 10, á 15, y cuando mas á 20. Sus raices profundizan, y resisten á la impetuosidad de los vientos que reinan en estos lugares elevados. Sus troncos son aproximados, tortuosos y vestidos enteramente de musgos. Las plantas volubles son infinitamente en menor número. Aquí abundan los pothos, las titilancias, y demas parasíticas. Una sola palmera elevada, otras enanas, conservan en las alturas la forma de estos vegetales que parecen prodigados en las llanuras calurosas. En fin, si pierden en magestad las selvas elevadas de los Andes, adquieren en recompensa contraste, belleza, y no sé qué de tocante que nos arrebatara.

Cuando atravesamos un bosque hallamos al lado del roble colosal el musgo humilde: la palmera erguida, que ha sus-

tentado muchas generaciones, tiene cerca de sí al lírio efímero: unas se arrastran sobre la tierra, otras se elevan á los cielos. Sobre el cuerpo inmenso del robusto caracolí dan cien giros espirales la banisteria y el convólulo, que entrelazándose de todos modos, forman festones y caprichos en que brilla el oro al lado de la púrpura. El toluífera aromático se halla asociado al venenoso manzanillo, y la quina, el árbol de la vida, la mas preciosa produccion del reino vegetal, mezclada confusamente con la apácua y con la ortiga. Mas allá aparece el lisianto enorme, de cuyos ramos pende y flota en el aire el salvaje, que imitando la forma de una cabellera encanecida, imprime al gigante de los bosques el carácter de la venerable ancianidad. El loranto y las orquideas desdeñándose de tomar su jugo de la tierra, han fijado su residencia sobre la copa de los grandes árboles. Por todas partes vemos el junco al lado de la rosa, la grama con la encina, el cardo y el tomillo, los aromas mezclados con las exhalaciones mortales, el antídoto con el veneno, lo grande y lo pequeño, lo bello y lo horroroso, lo estéril y lo fecundo, la dilatada duracion y los momentos. Concluimos que las plantas se han esparcido sobre la superficie de los Andes sin designio, y que la confusion y el desorden reinan por todas partes. Pero no juzguemos de la naturaleza por las primeras impresiones: desconfiemos de las apariencias; no la calumniemos ántes de penetrar mas en su santuario augusto. Acerquémonos, observemos, midamos ántes de decidir sobre materia tan importante.

FRANCISCO JOSÉ DE CÁLDAS. (*N. Granada.*)

---

#### PEREGRINACION DE ALPHA.

Por los años de 1820 á 22 el presbítero Felipe Salgar, virtuoso cura de Jiron, detuvo á un pastuso que acaso pasaba de viaje, y supo de él que en las cercanías habia innumera-

bles palmas llamadas *nacuma*, cuyos cogollos preparados convenientemente suministraban á los neivanos el material para tejer sus afamados sombreros jipijapas. El buen sacerdote concibió al punto la idea de proporcionar á las mujeres de su feligresía este nuevo medio de ganar la subsistencia, "porque, decía, donde vive el trabajo no entra el pecado;" y en efecto, logró que el pastuso permaneciera en Jiron hasta dejar enseñadas algunas jóvenes. De estos pasó las ciencias á otros y á otras, salvando en breve los límites de la parroquia y extendiéndose á las demas. Si el santo ministro viviese, veria hoy la suma de felicidad que su benéfica mano ha esparcido entre las mujeres del pueblo, regularmente desheredadas de todo trabajo productivo, por la invasion que ha hecho el hombre aún en los oficios sedentarios. Cerca de 3,000 de ellas emplean sus manos en tejer anualmente 83,000 sombreros de calidades diversas en solo el canton Bucaramanga, los cuales vendidos les dejan 59,000 pesos de utilidad neta, deducidos 20,000 pesos, valor de los cogollos de *nacuma* y palma ordinaria. La mayor parte de esta cantidad la ganan las tejedoras de la villa, habiendo mujer que realiza una venta de 200 pesos anuales, suficientes para cubrir los gastos de existencia y algunos de placer y regalo, en un país en que la manutencion abundante no cuesta mas de 92 pesos al año. Así es que en este gremio, interesante bajo muchos respectos, se hacen notables el esmero en el vestir de telas finas, y cierta dignidad en el porte y modales, sugerida por el sentimiento de la independencian y el laudable orgullo del propio mérito, modesto, inofensivo y callado, no ese orgullo petulante de las mediocridades vanidosas que se ajitan, y se pregonan y oprimen á los demas con su enfadoso individualismo. La tejedora permanece toda la semana en su casa, ora sentada en la sala barrida y pulida, sobre una esterilla momposina cabe la cual está una taza de agua para remojar la paja miéntras confecciona la copa del futuro sombrero, ora invisible terminándolo á puerta cerrada, pero anunciando su afan y su esperanza con alegres cantares interrumpidos y va-

riados cada rato, como quien tiene la atencion puesta en otra cosa. Llega el sábado: el sombrero se ha terminado en mitad de la noche anterior á la luz de un candil: la jóven tejedora peina desde temprano su cabellera de ébano, dividiéndola en dos trenzas magníficas que deja caer á la espalda: cíñese á la breve cintura las enáguas profusas de musolina ó zaraza fina, no tan largas que al andar no descubran el arqueado piecesito metido al descuido en un alpargate blanco y diminuto: cúbrele el firme busto una camisa de tela blanca, entre opaca y trasparente, ribeteada con flores y calados, obra de sus incansables dedos; y puesto al desgaire un pañolón bien matizado, sale despejada y risueña, ladeando en la cabeza el sombrero que para sí ha tejido poco á poco los domingos con todo el primor de su arte, teniendo escogida de antemano la brillante cinta que lo adorna, y se encamina para la plaza en busca de los compradores de sombreros, quienes la esperan sentados con aparente indiferencia en la esquina de la tienda, y junto al taburete la rolliza mochila de reales, elocuente aunque mudo reclamo. El sábado es dia de pocas ventas, porque las tejedoras van, mas bien que á negociar, á explorar el campo del mercado, calcular la extension de la demanda, y contraminar la confabulacion de los mercaderes para no pasar de cierto precio mínimo. La tejedora no se deja engañar por la indiferencia postiza de sus contrarios: sabe que ellos deben completar con urgencia las partidas de sombreros exigidas por los comerciantes de Cúcuta, y opone los incalculables ardidés mujeriegos al cómico estoicismo de los mochileros. Estos, que de cierta hora en adelante comienzan á sobrosaltarse, llaman, se sonrien, dicen cariños, y cuando llega el domingo acaban por sucumbir, olvidando sus pactos de oferta y tomando cuantos sombreros alcanzan ántes que sus rivales se los lleven. Triunfantes las hijas de Eva, como lo usan y acostumbran en materias que les interesan, vuelven á sus casas con los manojos de *nacuma* para la tarea siguiente, arman sus corrillos alegres, pasean un poco, y al empezar la noche empiezan

tambien el sombrero de la otra semana, sin perjuicio de . . .  
. . . ; pero respetemos los asuntos de aquellos ingénuos co-  
razones. Sin el amor, sin el aura divina de los íntimos afe-  
tos ¿qué sería la vida?

M. ANCIZAR, (N. Granada.)

---

#### NATURALEZA DE LA RELIGION Y DE LA SUPERSTICION.

DORMIAN todos, Elpidio, y un profundo y majestuoso silen-  
cio robó á mi espíritu la edad presente, y dió nueva ecsisten-  
cia á las pasadas. Sin los delirios del sueño, parecíame ver,  
no ya los trofeos de la muerte, sino su derrota, como un simu-  
lacro de la futura resurreccion ; y entre la espesa muchedum-  
bre, que ajitada por un soplo de vida undulaba en un espacio  
inmenso, veia elevarse los grandes maestros de la ciencia y la  
virtud, despues de tan largo reposo, cual se elevan entre las  
olas suavemente movidas por el aura, los brillantes astros de  
la mañana, rasgando las densas tinieblas de una noche dila-  
tada. Superior á la muda naturaleza, considerábala como  
nada, y mi sér parecia desprenderse de ella, absorto en la  
contemplacion de un órden de cosas mas excelso. Veia el  
término de la ignorancia y de la miseria, en la fuente de la  
salud y de la sabiduría ; veia rotas las cadenas de las pasiones,  
y el espíritu libre y unido al único sér, que puede causar su  
felicidad. ¡Qué armonía! ¡qué paz! ¡O! pudiera yo espresar  
las sublimes emociones de mi alma en aquella noche memo-  
rable, que derramó sobre mí un raudal de fortaleza y de con-  
suelo! noche que bendecirán todos mis dias ; noche en que  
el insomnio como para burlarse de la muerte, destruia su  
imágen, presentándome siempre la hermosísima de una eter-  
na vida ; noche, Elpidio, que ojalá jamas hubiera pasado.

Yo me transportaba al augusto momento en que abierto el  
seno de la eternidad, dió origen al tiempo, y la mas perfecta  
criatura, reflejó la imágen de su Creador. Resultaron entón-

ces relaciones, que no pueden ser alteradas, sin que lo sean  
los objetos referidos ; y como estos no pueden serlo, por que  
el uno es infinito, y ámbos son espirituales, aquellas deben  
*ser eternas*. Hállase, pues, el hombre eternamente obligado  
á obediencia, gratitud, y amor, al paso que el Sér supremo,  
es siempre clemente y justo, sin estar obligado, por que no es  
capaz de obligacion, que siempre arguye inferioridad. La  
obediencia, la gratitud, y el amor suponen un conocimiento,  
que si no es ecsacto, hace ridículos aquellos homenajes, por  
ser tributados realmente á un objeto imaginario. Tenemos,  
pues, que el conocimiento, que forma el hombre de su Crea-  
dor, debe ser ecsacto, para que lo sea su religion, y no quede  
reducida á una farsa. Pero la exactitud de un conocimiento  
es la conformidad con su objeto, y siendo éste uno é inalte-  
rable, debe aquel tambien ser uno é inalterable, si no es que  
pasa á ser error. De aquí resulta, que la religion natural es  
una é inalterable. Mas el hombre percibe la inmensa dis-  
tancia entre su facultad conocitiva, y el objeto infinito á que  
la aplica, y ánsia por excederse á sí mismo, y profundizar aun  
mas, la sublime idea de un Sér tan perfecto ; y he aquí como  
advierte la insuficiencia de la religion natural para hacerle  
feliz. Percibe al mismo tiempo, que el Sér infinito puede co-  
municarle como *don gratuito* conocimientos, que él no puede  
adquirir como esfuerzo natural ; y de aquí la *posibilidad* de la  
revelacion, la cual desde que es necesaria y posible, debe supo-  
nerse existente, á ménos que no se blasfeme contra la bon-  
dad divina. Pero Dios no puede comunicar sino una sola é  
inalterable idea de sí mismo, y así es que la religion revelada  
no puede ser, sino *una é inalterable*. Resulta pues, que la  
religion, ora natural, ora revelada, no puede ser sino una é  
inalterable, y que la pluralidad de religiones es el mayor ab-  
surdo filosófico.

¡ Ah ! mi Elpidio ! Qué tristes reflexiones formó mi espí-  
ritu, comparando estas doctrinas con la historia de las vicisi-  
tudes religiosas de los pueblos ! Qué horrible me pareció en  
aquellos momentos el mónstruo de la Supersticion ! Ella ha